

NO EXISTE el CENTRO



por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

La derecha siempre se disfraza de centro. La izquierda, nunca. En vano los partidos y los políticos que tienen un pensamiento conservador intentan localizarse en el fiel de la báscula política. Usan para ello un lenguaje que hurta a la izquierda y cuyas palabras anteladamente desollan de su legítimo contenido. También se desplazan hacia el supuesto punto de equidistancia los ex-revolucionarios, que se resignan, fatigados o corrompidos, a acceder al poder por el camino que, previas muestras de claro arrepentimiento, le señalan los viejos políticos de la camarilla oligárquica. Ambos, derechistas que avanzan a la izquierda e izquierdistas que retroceden hacia la derecha, trafican con el candor público. Los primeros aspiran a ganar adhesión popular tras el disfraz reformista; los segundos intentan arrastrar a las masas, que antaño se movilizaban por la apelación rebelde, en su maniobra involutiva. Unos y otros son parecidos en cuanto emplean la adulación —tal cual la emplea el cuentero— para engañar la credulidad de esa mayoría que tantas veces ha sucumbido, por emotividad y sentimentalismo, en la trampa política.

La imperiosa necesidad de una revolución ha terminado por liquidar al declarado derechismo, al conservadorismo expreso. Este ahora se llama socialcristiano, independiente, populista, etc. También se llama "evolucionista". Ya no hay quien diga, a cara limpia, sin vergüenza y con valentía: "Soy reaccionario". En vez de esta declaración que, aunque negativa, resultaría noble por su franqueza, el político que quiere mantener el estado de cosas nacional dentro del cual prevalece la injusticia económica y social, se califica de centrista. Es decir, de moderado. La moderación viene a ser, así, la careta de quien, una vez en el poder, pasa un poco el trapo por la fachada del país, ajusta alguna tuerca en la chirriante maquinaria y pule los detalles del conjunto. La careta, en suma, del derechista de siempre, que medra a la sombra de la dictadura económica de los poderosos y de la desigualdad social que ella determina, y que es un inmoderado, un violento, un expoliador.

No hay, pues, centro en el cuadro político del Perú actual. Son tan leves los matices que separan a las agrupaciones que se proclaman situadas en ese imaginario lugar del horizonte nacional que no se justifica —si no es por caudillismo o personalismo— que no estén unidas en un mismo bloque. ¿Un militante de Acción Popular qué divergencia de fondo tiene con un democristiano? ¿Y ambos en qué rasgo fundamental difieren del aprismo "convivencial"? ¿Y los tres a la postre en qué se distinguen de un "independiente" de Beltrán? No digo que entre los dirigentes apristas y los belaúndistas no haya animadversión o enemistad casi irreconciliable ni que entre los partidarios de Cornejo Chávez y los del grupito plutocrático del hacendado de Montalván falten serios roces personales pero sí que un examen en profundidad de sus ideologías los acerca precisamente por aquellos que todos tienen de conservadores. Conservadores de nuevo cuño, que ya no usan corbata de plastron y en cambio, se interesan por la ciencia sociopolítica del día, pero conservadores al fin y al cabo. No en vano Barreda Moller, democristiano, dedica palabras de elogio a la desdichada gestión de Beltrán y Seoane, aprista, no sólo hace más entrañable su deliquio con el testamento de la IPC sino que habla de uniones de amplia base de evidente intención reconciliatoria.

En cuanto a otros partidos o semi-partidos —la UNO, el MDP, las UR—, que también aspiran al centrismo (recuérdense las alusiones de Cisneros Sánchez a la "oligarquía", como si él no tuviera nada que hacer con ella), su índole conservadora es incontestable. La UNO es Odría, y no vale la pena analizar la ideología de este político; el MDP es el pradismo, y las UR (tres o cuatro que existen, no se sabe bien) proponen, cada una a su manera, una vuelta al sanchecerrismo. Los grupos mencionados son, pues, de neta extracción y esencia derechista, reaccionaria. En la supuesta balanza de las fuerzas políticas pesan en el extremo contrario al de los anhelos y los intereses populares. ¿Centro? No hay farsa más reprobable que ésta.

Hay, como hubo siempre, derecha e izquierda. La lucha está empeñada, y todo partido, movimiento o agrupación política que no está con las reivindicaciones de la masa, con la transformación radical de las estructuras, con el establecimiento de una organización socialista y comunitaria, está con la oligarquía, que es, quien lo duda, la anti-patria.